

tereses de vuestra fama, quando acaso gozáis de una reputacion que jamás habeis merecido, y estariáis cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois; en una palabra, quando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Oh Señor, qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores, quando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me ditéis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion. Que si sufrís con paciéncia algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza, quedareis afrentados para siempre con los hombres: Que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha, á la que nunca perdona el mundo, y que en este particular no conoce el honor, excepcion ni privilegio.

¿Qué honor es este, Católicos, que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¿Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion, y que aun los mas prudentes, en medio de conocer la locura de este abuso, no obstante son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un Príncipe, que con una prudencia superior á la del mundo, y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado, ha hecho ver á sus vasallos qual sea el verdadero honor; y que quitandoles de las manos las armas criminales, ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas, á las que

que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, Católicos, que una máxima abominable, autorizada unicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, que la han deribado hasta nosotros, haya de vencer todas las reglas del Christianismo, y las leyes mas inviolables del estado? ¿No ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del próximo, y lo ha de ser obedecer á Dios, y al que ocupa su lugar en la tierra? ¿Es posible, que la fama ha de consistir en el furor, y la cobardia en el generoso respeto á la religion, y al Soberano? ¿Temeis el ser tenidos por cobardes? Manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id á la frente de nuestros exércitos á desafiar los peligros, y á buscar la fama en la obligacion; asegurad vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias, y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reynado tan glorioso. Este es el valor que pide el estado, y autoriza la religion. Despreciad, pues, las venganzas bárbaras y personales; miradlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardia; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo, y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo, lejos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; asi pareceréis mas grande, y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria; que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio que manda perdonar, ha formado mas heroes que el mismo mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me ditéis que no os pertenecen estas

tas máximas; que habeis olvidado los motivos de queja que teniais contra vuestros próximos; y que el ruido de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañais en esto; y asi, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros ódios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

SEGUNDA PARTE.

NO hay precepto en toda la ley de Dios que dexemenos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros próximos; y no obstante, no hay ninguno acerca del qual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Verdaderamente casi todos nos dicen que han perdonado de todo corazon á su próximo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y no obstante no hay cosa mas rara que el perdonar: apenas hay reconciliacion que mude los corazones, y que no sea una falsa apariencia de amistad, ya sea que se considere en su principio, ya sea que se exâmine en sus medios y en sus conseqüencias.

Dixe en su principio; porque, Católicos, para que una reconciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad, y de un amor christiano á nuestro próximo. Pero por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros enemigos; por evitar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas conseqüencias acaso serían contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podriamos asistir, si nos obstinamos en permanecer irreconciliables con nuestro próximo; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por

adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, por no dar al público un espectáculo que no correspondiera á la idea que queremos se forme de nosotros; por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo, que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido antes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usemos con él de respetos, y que le hagamos callar con la reconciliacion. ¿Qué mas he de decir? Acaso tambien nos reconciliamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo, y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas freqüentes motivos de las reconciliaciones que se vén todos los dias en el mundo: y es esto tan evidente, que muchos pecadores en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso se reconcilian todos los dias con sus próximos, y no pudiendo vencerse en orden á las mas faciles obligaciones de la vida christiana, parecen heroes en el cumplimiento de ésta que es la mas difícil de todas; pero estos son heroes de la vanidad, y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que en ésta es verdaderamente penoso y heroyco en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria, y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro próximo; y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion, y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones exâminados los motivos, no lo son menos si se atiende á sus medios. ¡Mirad cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos para llegar á efectuarla! ¡Qué atenciones no hay que guardar; qué arbitrios no hay que vencer; qué intereses que conciliar; qué obstáculos que quitar, y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habi-

lidad de vuestros amigos; es un negocio mundano, y no un paso de religion; es un tratado que se concluye felizmente, y no cumplimiento de la obligacion de la fé; es obra del hombre, y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra, y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad, los hombres que con su industria, y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon? ¿Han podido restituiros este tesoro que habiais perdido? Estos bien habrán podido hacer que cesen los escandalos de un rompimiento declarado, y restablecer entre vosotros y vuestro prójimo las obligaciones exteriores de la sociedad, pero no han podido mudar vuestro corazon, el que solamente Dios tiene en sus manos; no han extinguido el ódio, al que solamente puede aniquilar la gracia. Es verdad que os habeis reconciliado, pero aun no amais á vuestro prójimo, porque si le amarais sinceramente, no hubiera habido necesidad de tantos mediadores para reconciliaros con él. El amor es medianero é intérprete de sí mismo. La caridad es aquella palabra compendiosa, que hubiera escusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tubieron que emplear para poder reducirlos: La caridad no es tan mesurada: manifesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusisteis mil condiciones antes de rendiros, disputasteis todos vuestros pasos, no quisisteis pasar de cierto punto, y pedisteis que vuestro prójimo se adelantase: La caridad, Católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria, y amar al prójimo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien, y aun acaso irritar mas á nuestro prójimo: Pero di-

digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto, y con unas precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazon: unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dexan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escandalo del odio, pero no el pecado. Jesu-Christo nos manda simplemente que nos reconciliemos con nuestro prójimo: *Vade reconciliari fratri tuo.* (a) No nos dice: No te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad; asegurate antes de que él ha de andar la otra mitad del camino; No le busques tú, no sea que mire esa accion como apologia de sus quejas, como una confesion tácita de tu mal proceder, y como una sentencia que pronuncias contra tí mismo: Jesu-Christo nos dice simplemente; vé á reconciliarte con tu prójimo. Quiere que unicamente la caridad sea la medianera de vuestra reconciliacion. Supone que para amar á nuestros prójimos no tenemos necesidad de medianeros, y que nuestro corazon no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones; y siendo casi siempre humanos los motivos, y los medios viciosos, las conseqüencias no pueden menos de ser vanas é inútiles. Digo las conseqüencias, porque, Católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo? ¿Cuál es su fruto? ¿Qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aqui.

Nos decís primeramente, que os habeis reconciliado

(a) *Matth. 5. v. 24.*

do con vuestro próximo, que le habeis perdonado de todo corazón; pero que habeis hecho ánimo de no verle mas, y de no tratar en adelante con él: Y de este modo vivís tranquilos. Creeis que no manda mas el Evangelio, y que ni el Confesor tiene derecho para pedirnos mas. Pero yo os digo claramente que no habeis perdonado á vuestro próximo, y que para con él estais aun en un rencor, en la muerte, y en el pecado.

Porque os pregunto: ¿Se puede temer el ver á lo que se ama? ¿Y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habeis perdonado, que le amais; pero que por evitar casualidades, y por temor de que su presencia despierte en vosotros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Pero qué amor es este, que solamente con la presencia del objeto amado se irrita contra él, y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amais, y acaso quereis decir que no intentais dañarle ni ofenderle; pero no basta esto; la religion os manda tambien que le ameis, porque para no querer dañar á un amigo basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor, y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser Cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no quereis.

Decidme: ¿Quisierais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿Estariais satisfechos de su bondad y de sus misericordias si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabéis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubieseis tratado á vuestro próximo. Si el Principe os mandará que nunca parecieseis en su presencia, ¿creeriais que estabais muy adelante en su gracia? Continuamente estais diciendo que es desgraciado el hombre á quien no se le permite presentarse

an-

ante el Soberano, y nos quereis persuadir á que amais á vuestro próximo, y que no teneis ya rencor alguno contra él, quando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Y qué señal mas evidente se puede dar del odio al próximo, que no poder sufrir ni aun su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento; porque hay algunos odios mas moderados y tranquilos, que á lo menos se ocultan, se vencen, dan en lo exterior lo que es debido á la atencion y á la buena crianza, y que aunque niegan el corazón á la obligacion, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro odio ha llegado á tal exceso, que no se puede disimular que no conoce moderacion ni cortesía, ¡y con todo eso nos quereis persuadir que no aborreceis! Manifestais aun las mas violentas señales de rencor, ¡y quereis que las tengamos por señales indubitables de un amor christiano y sincero!

Pero por otra parte, ¿se hicieron los Christianos para no verse, y para vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¿Los Christianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo padre, los discipulos de un mismo maestro, los herederos de un mismo reyno, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los Christianos que son la participacion de un mismo espiritu, de una misma redencion, y de una misma justicia! Los Christianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse, y para no poder sufrirse mutuamente entre sí; toda la religion nos enlaza y nos une unos con otros; los Sacramentos de que participamos, las preces públicas, y las acciones de gracia que cantamos,

mos, el pan de bendición que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregación de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos enlaza mutuamente. Toda la religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras, y de méritos; todo nos enlaza, todo nos une, todo hace de nosotros y de nuestros próximos una familia, un cuerpo, un corazon, y una alma; ¿y os parece á vosotros que amais á vuestro próximo, que conservais con él los mas sagrados lazos de la religion, al mismo tiempo que estais rompiendo los de la sociedad, y no podeis sufrir ni aun su presencia?

Aun mas: ¿Cómo podreis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser feliz con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios, y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia. ¡Ah! ¿Cómo podreis esperar el estar eternamente unidos con él, y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y si su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad, pues, á las promesas y á las esperanzas de la fé; separaos como un anathema de la comunión de los fieles; privaos de el Altar y de los tremendos misterios; desterraos de la congregación de los Santos; no vayais á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estais se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los Altares, y os intíman que salgais de la congregación de los Santos como un publicano y un infiel.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades nos di-

direis por último que os conformareis con ver á vuestro próximo, con vivir en paz con él, que no faltareis á la correspondencia regular; pero que en lo demás sabeis muy bien lo que habeis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

¡No faltareis á las correspondencias regulares! ¿Y os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su próximo, y amarle como á sí mismo? Sabed que la caridad que nos manda el Evangelio está en el corazon: esta no consiste en una simple correspondencia, en una vana exterioridad, en una ceremonia inútil, sino en una disposición verdadera, en un amor efectivo, en un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amais como Judios y Fariseos, pero no amais como Christianos, y como discipulos de Jesu-Christo. La ley de la caridad es la ley del corazon, arregla los pensamientos, muda las inclinaciones, derrama el aceyte de la paz y de la suavidad sobre las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros haceis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisayca y superficial, que solo regla las exterioridades, que no dirige sino los movimientos, y que solamente se cumple con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no falseis para con vuestro próximo á las reglas de la buena crianza, y que cumplais con las mutuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo: estas son sus reglas y sus costumbres: pero Jesu Christo os manda que le ameis, y mientras ten-gais apartado de él vuestro corazon de poco sirve el que le concedais aquellas exterioridades de buena crianza; negais á la religion lo que la es mas esencial, solamente os aventajais á los pecadores que reusan el ver á sus próximos, en que os sabeis contener por respeto al mundo, y no sabeis violentaros por la salvacion.

Y á la verdad, Católicos, que si los hombres solamente estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaría sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores, y mantener aquel mutuo comercio de cuidados, atenciones y cortesias, en que consiste toda la armonía del cuerpo político: pero nosotros estamos mutuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fé, de la esperanza, de la caridad, y de la religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los Legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros próximos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil, pero no con las de la religion. No turbais el orden político, pero trastornais el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hombre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho, y no pedirnos mas, pero nada habeis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros; y vuestra condenacion es indefectible. Decidnos ahora que no faltareis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la religion: luego ésta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias. No pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon: Y el gran precepto de la caridad, en la que unicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no sería mas que una falsa apariencia y una vana hypocresía.

Pero no me creais á mí en este punto, consultad al público. Mirad si no obstante las apariencias de que usais con vuestro próximo, no es fama pública en el mundo que no le amais, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Mirad si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apar-

tar-

tarse de vuestro próximo: mirad si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro próximo: mirad si los que esperan de vosotros algunos favores, no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte, no haciendosela á él; bien veis que el mundo os conoce mejor que os conoceis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon; y que no obstante las vanas apariencias que usais con vuestro hermano, es tan evidente que le teneis un odio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo asi que en todo lo demás tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias suceden en el mundo. Nos volvemos á ver, pero no nos reunimos; nos prometemos una mutua amistad, pero no la cumplimos; nos juntamos, pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve yo razon para decir que son eternos los rencores, y casi todas las reconciliaciones fingimientos; que perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor; que dexamos de tratar á nuestro próximo como á enemigo, pero que nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias. Vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escandalo, y que no obstante esto mantienen ideas muy opuestas, públicos y declarados afectos de envidia, de zelos, y mutuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domesticas,

P 2

y

y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman; que quisieran arruinarse mutuamente, que aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio: y no obstante por ambas partes se vive con fama de piedad, y en el exercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos, de gran reputacion en el mundo; y no obstante, fiados en que se tributan mutuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los Sacramentos, y asisten á los Sagrados Misterios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrupulo en el tribunal de la penitencia, y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor, y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo; en vez de acusarse á sí mismos, le acusan á él; ponderan los exteriores respetos que le rinden, como señales de que no está irritado el corazon. ¿Qué mas diré? Aun los mismos Ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros ódios, son las mas veces sus Apologistas; se dividen con el público; toman partido en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes; públican la equidad de su queja, y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirle con apariencias de bien, y hacerle mas incurable.

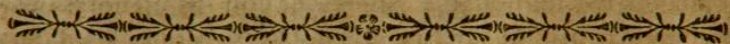
¡Gran Dios! Vos solo podeis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazon, manteniendo en él ódios injustos. Haced, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que Vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ó Dios mio, tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, quando tengo tanta necesidad de que useis conmigo de indulgencia y de una gran misericordia?

¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema gran-

grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, quando vuestra Magestad soberana há tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡Yo que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobrio de los hombres, y el desprecio del pueblo! ¡Yo que nada tengo que sea digno de alabanza, aun segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y mis excesos! ¡Yo que debiera mirar los mayores ultrages como un castigo muy benigno! Yo finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si Vos no os olvidais de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

¡Pero no, Dios mio! Vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi próximo. Recibid, Señor, este Sacrificio que os hago de mis resentimientos: No juzgueis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvidó, sino por la soberbia que las habia aumentado, y me las habia hecho tan sensibles; y pues me habeis prometido el perdon de mis ofensas luego que yo perdona las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas; con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen,



S E R M O N
PARA EL PRIMER DOMINGO
DE QUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni
 verbo, quod procedit de ore Dei.*

El hombre no vive solamente con pan, sino con todas las palabras, que salen de la boca de Dios. *Matth. 4. v. 4.*

EN nada se conoce tanto el poder y lo sublime de la palabra del Evangelio, como en los símiles de que usa Jesu-Christo para anunciarnos sus efectos. Ya dice que es una espada sagrada, que separa al padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana, y al hombre de sí mismo; que cautiva todo espíritu baxo el yugo de la fé; que sujeta los Cesares, triunfa de los prudentes y sabios, y levanta el estandarte de la Cruz sobre las ruinas de los ídolos é Imperios;

rios; y en esto nos quiso representar su fuerza, á la que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á cenizas los templos profanos, abrasa los hombres, y los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista de las naciones; y en estas parábolas se nos representa la prontitud de sus operaciones, y la rapidéz de sus victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta toda la masa, que ata todas sus porciones, que las imprime una fuerza y una virtud comun, que confunde las distinciones de Judío y de Gentil, de Griego y de Bárbaro; y dá á todos el mismo nombre y el mismo sér; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud, la que ha purificado todo el Universo, y ha hecho de todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al principio que se pierde en la tierra, crece despues, y dá ciento por uno; y el principio de su fecundidad no es el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que dá el incremento.

Pero hoy la compara Jesu-Christo al pan que sirve de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y con esto nos quiere enseñar que la palabra Evangelica es un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces á los que le reciben con corazon enfermo y corrompido, y util solamente á las almas que le comen con una ansia santa, y que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las maravillas que obró en otro tiempo en todo el mundo esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus consejos, la prudencia de sus máximas, y ciñendome